

El astronauta Manolo

1

El astronauta Manolo estaba a punto de llegar a su destino, el asteroide Donut. Hacia varios meses que había salido de la Tierra en un cohete enorme que, tras soltar varios trozos cuyo combustible se había consumido completamente, se había quedado reducido a una cápsula-cohete. Esta cápsula-cohete tenía que llevarle hasta su objetivo y de vuelta a la Tierra.

El asteroide Donut era, visto desde la Tierra, casi un pequeño planeta, mucho mayor que los demás asteroides del cinturón que está más allá de Marte, que parecían simplemente rocas muy grandes.

El asteroide Donut se había descubierto hacía mucho tiempo, por su tamaño, y nadie recordaba muy bien por qué le habían puesto ese nombre. Lo cierto es que era el único en el que un cohete podía posarse y volver a despegar sin que su órbita cambiase, provocando choques con otros asteroides que podrían amenazar las bases que se habían establecido en Marte hacía poco.

Nadie había logrado atravesar vivo el cinturón de asteroides. La misión del astronauta Manolo era muy peligrosa. Cualquier error en la trayectoria le haría estrellarse con un asteroide.

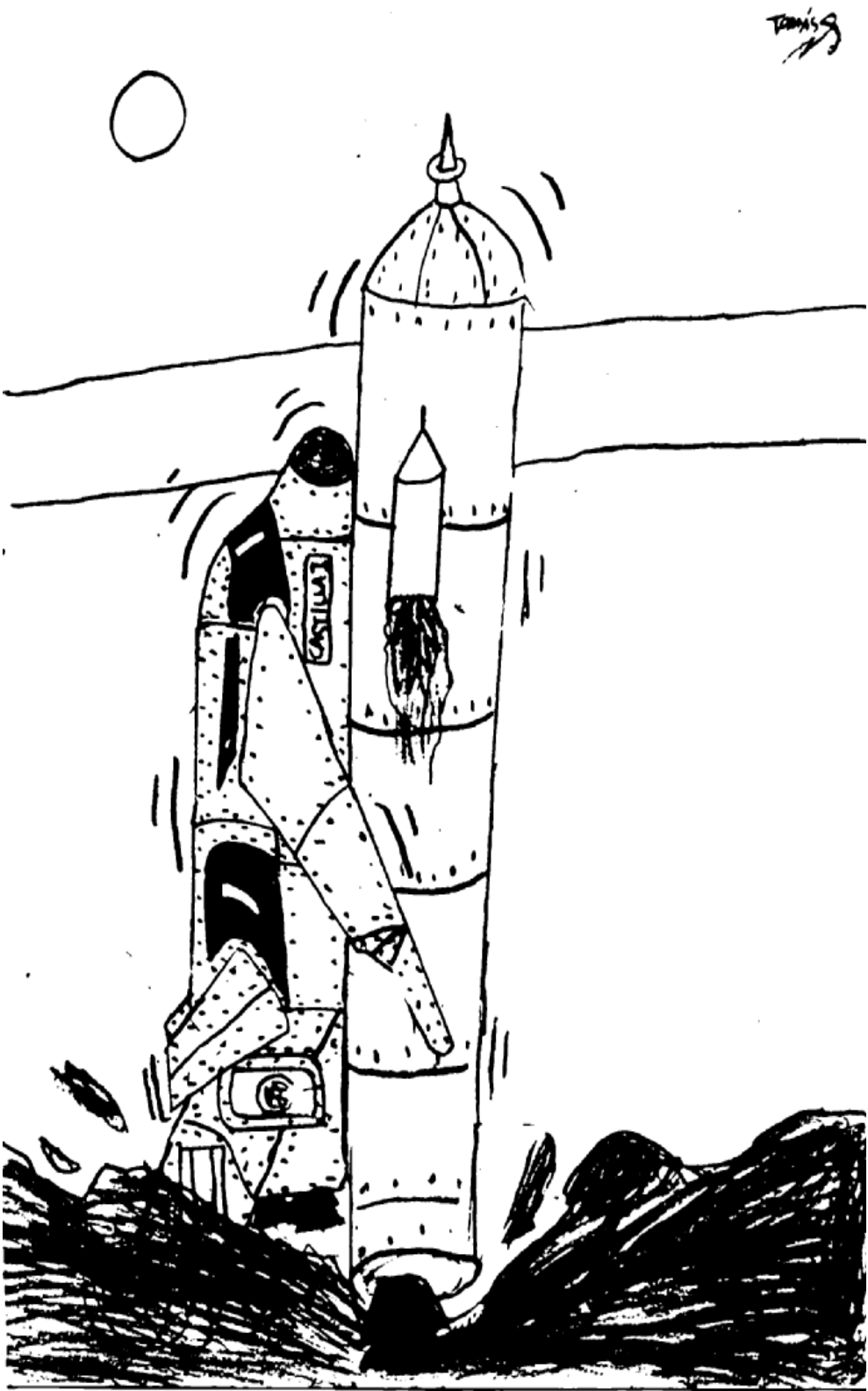


Figura 1: El despegue de la nave de Manolo.

El ordenador de abordo avisó a Manolo de la proximidad del asteroide Donut. Tenía que iniciar la maniobra de frenado y acercamiento. Llamó por radio a la Tierra para comunicar su situación y hablar con Mar, su novia. Su mensaje tardaría bastante en llegar y la respuesta le llegaría a él tras iniciar la maniobra, pero para alegrarse tenía una foto que Mar le había mandado el día anterior, sonriéndole desde un prado de la montaña.

No era momento para ponerse nostálgico. Tenía que concentrarse en lo que hacía. Abrochó su cinturón y preparó las ordenes que tenía que dar a los motores de frenado para actuar en el momento preciso, dentro de 20 minutos y 32 segundos. Todo parecía estar en orden, aunque hacía meses que los motores estaban apagados.

Cuando sólo faltaban unos segundos, miró por la ventanita del cohete hacia el asteroide Donut, que ya debía de estar próximo. Pero aún se veía como un punto. El frenado debía de durar un día completo porque el cohete iba muy rápido, y luego se posaría suavemente en la superficie de Donut. Si no frenase, llegaría en sólo cinco minutos, pero se estrellaría.

Llegó el momento crítico. El ordenador dio la orden de arranque uno a uno de los motores de frenado. “Encendido el número uno...” dijo el ordenador. “No funciona el número dos...” El astronauta Manolo habría saltado de su sillón si no hubiera estado sujeto por el cinturón. “No funciona el número tres...” La situación era muy grave. Había que activar los arranques de emergencia inmediatamente. Pero los motores dos y tres se negaban a arrancar.

El motor número uno a toda potencia no tenía potencia suficiente para frenar al cohete del todo. Si no arrancaba los motores dos y tres, colisionaría en media hora.

3

El astronauta Manolo comenzó a analizar todas las posible averías que podían sufrir los motores dos y tres. Los sensores no indicaban nada anormal. Quizá cuando pasó cerca del cometa aquél...

Su tensión nerviosa subía y comenzó a dar golpes a los instrumentos de navegación, para ver si así funcionaban. En ese momento la radio le trajo un mensaje de la Tierra: los controladores de la misión y Mar le deseaban mucha suerte... ¡Si supieran lo que le estaba pasando justo en ese momento!

El ordenador de a bordo repetía “No funciona el motor número dos...” “No funciona el motor número tres...” y Manolo pulsaba los botones de arranque manual y daba patadas al tablero de instrumentos. El ordenador de a bordo dijo “No funciona el motor número uno...” “No funciona el motor número dos...” “No funciona el motor número tres...” ¡El motor número uno tampoco! Quizá sus patadas lo estropearon. Estaba perdido. En dos minutos chocaría con el asteroide Donut a gran velocidad.

Quizá... Quizá podría desviar lo suficiente el cohete. Pulsó los botones de arranque de los motores laterales que servían para cambiar de dirección el cohete. “¡Aja! Éstos sí que funcionan! ¡Máxima potencia! ¡Hacia la derecha”.

Nada mas podía hacer salvo rezar, mirar por la ventanita y mandar un último mensaje a la Tierra. Pero al mirar por la ventanita, la boca se le quedó tan abierta que no pudo mandar su mensaje de radio: ¡el asteroide Donut era realmente una rosquilla! Tenía un agujero enorme en el centro a través del cual se veía la luz de las lejanas estrellas.

Manolo estaba entrenado para reaccionar con rapidez. Redirigió el cohete con los motores laterales. La colisión podría ocurrir en veinte segundos. ¡Tenía que intentar pasar por el agujero!

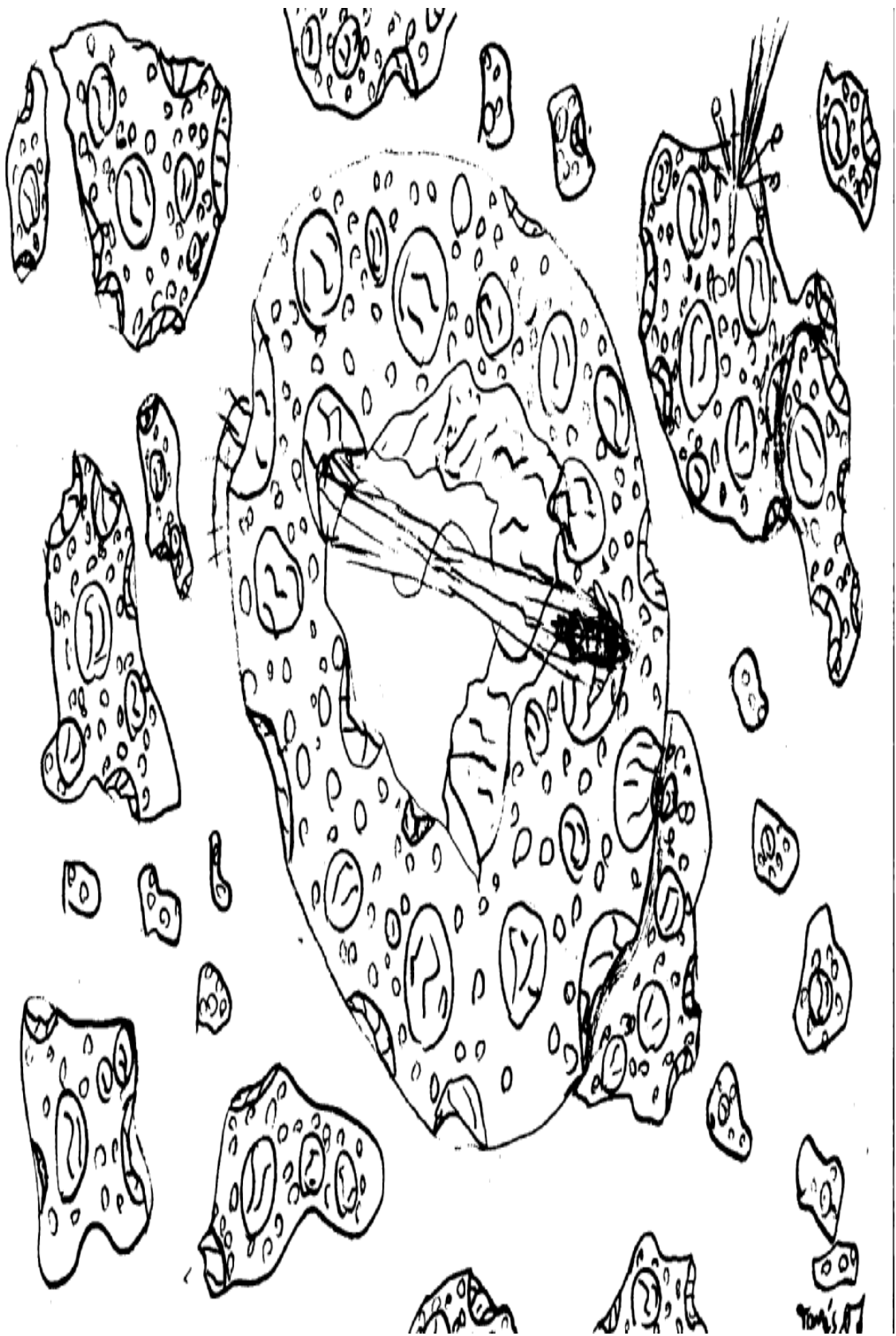


Figura 2: La nave de Manolo atravesó el inmenso agujero del asteroide Donut.

El astronauta Manolo se agarró fuertemente a los mandos, apretó los dientes y cerró los ojos mientras contaba mentalmente los segundos que faltaban para el choque. Cinco..., cuatro..., tres..., dos..., uno..., cero..., uno..., dos..., El tiempo pasaba y el seguía ahí, sudando, muy asustado, ¡pero estaba ahí! Abrió los ojos, miró por la ventana y vio las estrellas. Eso es que había pasado por el agujero. No lo podía creer. Su boca estaba seca, pero conectó la radio y empezó a mandar un mensaje contando lo que le había pasado. ¡Estaba vivo!

Pero los problemas no habían acabado. Navegaba con rumbo incierto, probablemente hacia el interior del cinturón de asteroides, y los motores principales que tendrían que ayudarlo a volver no funcionaban. Si seguía así, se perdería para siempre en el espacio o chocaría con algún asteroide. Si quería seguir vivo, era preciso arreglar los cohetes, buscar con el ordenador una nueva órbita que le llevara de vuelta a la Tierra, y ponerse en ella con los motores.

Tenía que pensar en cómo arreglar los motores, pero no tuvo tiempo. La señal de alarma sonó en la nave: estaban a punto de chocar con otro asteroide. Con los motores laterales, Manolo desvió la nave un poco. Pero a los pocos minutos, la alarma sonó de nuevo. El cinturón de asteroides está lleno de asteroides de todos los tamaños e iba a tener que cruzarlo utilizando todos sus conocimientos para no chocar con ninguno.

Alarma tras alarma, el astronauta Manolo iba esquivando los asteroides con leves impulsos de los motores laterales. De repente, miró por la ventanilla y casi ni le dio tiempo a asustarse: estaba casi encima de un asteroide que no había hecho saltar la señal de alarma. Dio la máxima potencia a los motores laterales, pero no hubo tiempo: vio la superficie del enorme asteroide acercarse rápidamente y, sin saber cómo, se vio envuelto en una especie de espuma que era del mismo color que el asteroide. ¡El asteroide no era sólido! Por eso la señal de alarma no había sonado.

En del interior oscuro y silencioso del asteroide, la nave de Manolo fue frenándose sin chocar con nada, hasta que se detuvo.

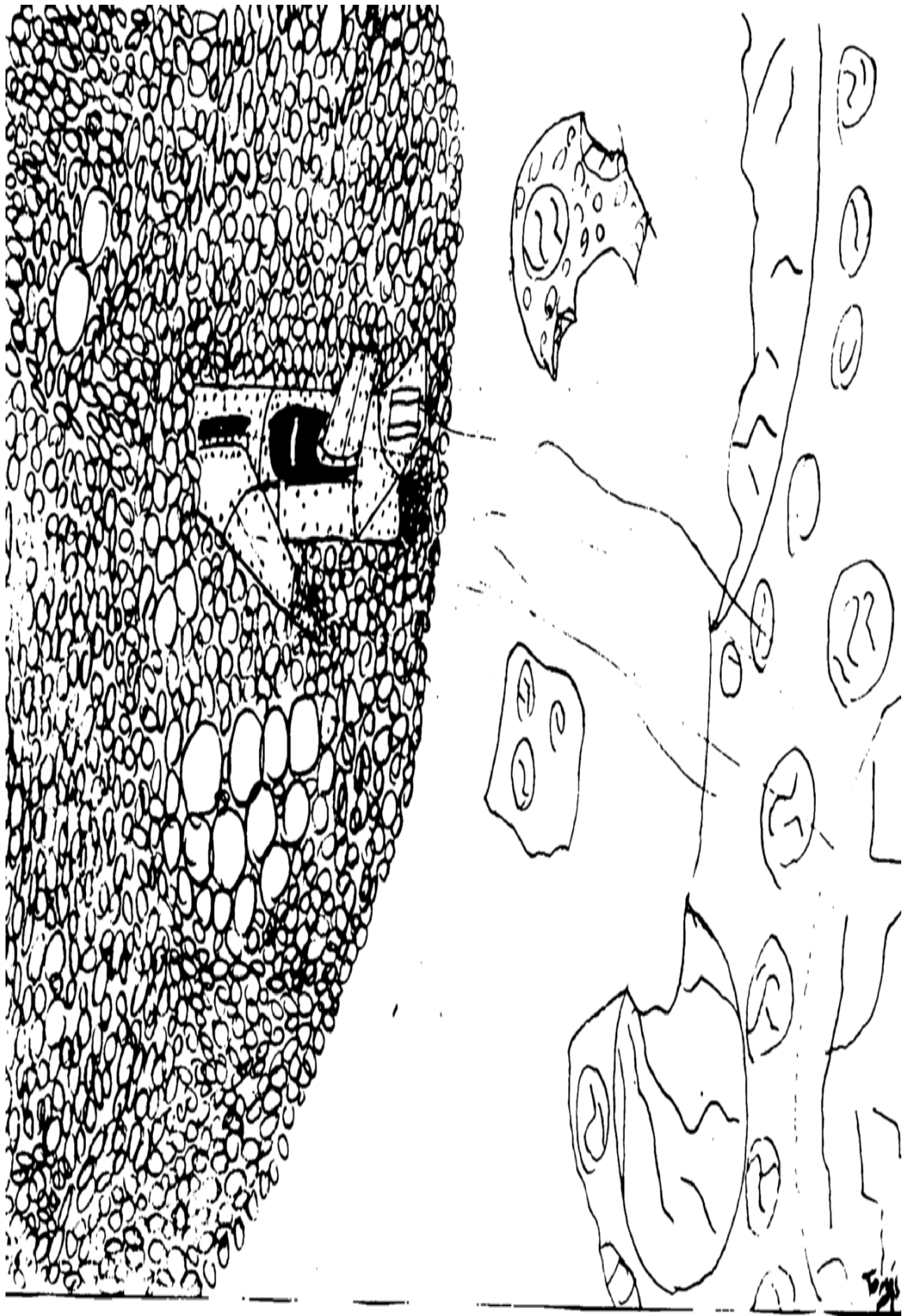


Figura 3: La nave de Manolo fue frenándose sin chocar con nada...

El astronauta Manolo estaba contento, asustado, desorientado, confuso. ¿Dónde estaba? ¿Qué podía hacer? ¿Qué le iba a pasar? El cansancio de las emociones pasadas fue más fuerte y Manolo dejó que el sueño se le llevara, confiando que al despertar algo se le ocurriría para salir de allí. Soñó con Mar: marchaban bajo el cielo azul y el peso de sus mochilas por un sendero que subía a través de bosques y verdes prados hacia unas montañas nevadas que relucían bajo el sol. Y sonrió.

Manolo despertó muchas horas después, más descansado y animado. ¿Qué hacer primero? Comprobó los sistemas de la nave. Todo funcionaba bien, excepto los motores. Tenía energía para un par de semanas sin encenderlos, el aire se renovarían y tendría luz y calor durante ese tiempo. Tenía comida para dos meses. La radio funcionaba, pero donde quiera que estuviese (y parecía que era dentro de una especie de asteroide espumoso) no llegaban las señales de la Tierra y no había recibido ningún mensaje mientras dormía. Comió y se duchó en la ducha especial, aunque luego pensó que eso consumía mucha energía. Pero necesitaba despertarse y ponerse a pensar y la ducha le iba a sentar bien.

¿Y ahora? Tenía que arreglar los cohetes. Los mandos no funcionaban y había que desmontarlos. Lamentó haber perdido los nervios y haber pateado los controles, pero de poco servía lamentarse. Cogió las herramientas y desatornilló los paneles que cubrían los circuitos. Pasó varias horas intentando descubrir que era lo que no funcionaba, pero al final tuvo que darse por vencido. Quizá la avería estuviese en los motores. Había que salir al exterior de la nave, si la cosa que la cubría lo permitía.

No había tiempo que perder. Manolo miró por la ventanilla y observó la espuma iluminada por los focos exteriores de emergencia del cohete. Apenas se podía ver a un metro de distancia y a Manolo se le podían los pelos de punta al pensar que podía haber más allá de ese metro, pero se enfundó el traje espacial, cerró la escanfandra y se dirigió a la cámara de descompresión. Allí, las bombas del cohete absorberían el aire antes de que se abriera la compuerta, y mientras esperaba ese momento, se ató a una cuerda especial que estaba anclada en el cohete y que servía para no perderse. Si se alejaba mucho, al apretar un botón, un motor recogería la cuerda y le llevaría de vuelta hasta el cohete.

La bomba acabó su trabajo y la compuerta comenzó a abrirse lentamente. Los focos exteriores iluminaron la extraña espuma, que comenzó a entrar en la cámara de descompresión. ¿Sería peligrosa? ¿De qué estaba hecha? ¿Le destruiría el traje?

Esta espuma se parecía mucho a la que se formaba en la bañera cuando su madre echaba gel bajo el chorro de agua: era blanca y no muy espesa. Apretando los dientes, el astronauta Manolo se movió con decisión hacia la compuerta, casi zambulléndose en la espuma. No pasó nada. Manolo solo oía los latidos de su corazón. Se sujetó al casco del cohete y sin separarse de él, se movió lentamente a través de la espuma hacia los cohetes delanteros que habían fallado iluminando su camino con una linterna.

El astronauta Manolo no tardó en ver la causa del fallo: un pequeño meteorito había chocado con el cohete durante el viaje machacando el sistema de encendido sin disparar ninguna alarma. No había nada que hacer, no se podía arreglar allí, a millones de kilómetros de la Tierra, con el poco equipo que llevaba en su nave.

Entonces, al darse la vuelta para dirigirse a los cohetes traseros, vio, en medio de la oscuridad que le rodeaba, unas luces de colores que desaparecieron rápidamente. Tan rápidamente que pensó que eran reflejos de su linterna y no se preocupó más por ellas, aunque aún las vio un par de veces más.

Los cohetes traseros, que no había utilizado desde el despegue, estaban en perfectas condiciones, pero le impulsarían más hacia el centro de aquel misterioso asteroide. ¿Podría atravesarlo y salir por el otro lado? Manolo tuvo que volver a la cabina del cohete para calcular con el ordenador cuánto combustible necesitaría para aquello. Esperó un buen rato el resultado, nervioso y cansado. Cuando el resultado apareció en la pantalla cerró los ojos y se abandonó sobre su litera: no podría salir de allí, ni aunque vaciara el cohete de comida y agua para hacerlo más ligero: estaba atrapado.

Al día siguiente, después de dormir como un lirón, el astronauta Manolo decidió no darse por vencido y volver a salir a explorar, con el traje espacial y atado a la cuerda, pero en otra dirección, alejándose del cohete para ver si encontraba algo que le pudiera ayudar. Había visto que no tenía suficiente combustible como para salir del asteroide encendiendo los motores y no sabía qué hacer.

Cogió la linterna y la cuerda, se la ató al traje espacial, se metió en la cámara de descompresión y dejó que entrara la espuma hasta llenarlo todo. Luego abrió la compuerta, salió, dio la vuelta al cohete para ir en una dirección distinta, e, impulsándose con su piernas sobre el casco del cohete, salto y empezó a avanzar entre la espuma. Iba mirando atentamente con la linterna en todas las direcciones. No se vio las luces de colores del día anterior. Sólo espuma, cuando, de repente... había algo negro, pequeño, delante de él, flotando en la espuma. Se acercó y lo cogió con cuidado. Era una especie de pieza metálica de alguna máquina, o de algún cohete. ¡Pero al suyo no le faltaba ninguna pieza!

Siguió avanzando y vio más cosas oscuras y al acercarse a ellas vio con la linterna que eran más y más piezas, hasta que de repente vio un bulto negro muy grande, pero justo en ese momento, se le acabó la cuerda y no podía verlo desde más cerca. Tenía que decidirse: si quería ver lo que era eso, tendría que soltarse de la cuerda, con peligro de perderse. Si se quedaba atado, no se perdería, pero no sabría lo que era el bulto, que quizá era algo que podría ayudarle a escapar del asteroide.

Estaba claro: tenía que arriesgarse y soltarse. Con una escalofrío por el peligro de no poder volver nunca más a su cohete, se soltó de la cuerda y avanzó hacia el gran bulto...

8

El astronauta Manolo se soltó de la cuerda y avanzó hacia el bulto negro. Era más grande de lo que creía. No podía verlo completo porque la espuma le impedía ver más allá de unos metros, pero la parte que veía era casi como una máquina de tren. Y también se parecía a una máquina de tren: alargada, lisa, ancha y, además, metálica. Esto sí que era una sorpresa: algo metálico. Y, para completar el parecido con una máquina de tren, tenía algo parecido a cristales más adelante.

El astronauta Manolo se dio cuenta de que debía de ser una especie de nave espacial, y que las piezas que había visto por el camino debían de pertenecer a ella. Algo debía de haberla pasado para acabar allí y que sus piezas se esparcieran. ¿Un accidente? ¿Una explosión?

Manolo avanzó por el casco de la nave y encontró un agujero oscuro. Ahí era donde el casco se había roto y las piezas habían saltado hacia fuera. Aunque le daba miedo, se metió dentro del agujero. Lo que encontró le explicó lo que había pasado: había una piedra, que debía ser un meteorito que había impactado contra la nave cuando ya estaba allí. Pero no se podía entrar por el agujero.

El tiempo corría y el oxígeno se le podía gastar, así que se dio prisa. Siguió avanzando por el casco hasta los cristales. Uno estaba roto. Quizá un meteorito lo había roto. Fuera lo que fuese, decidió meterse por allí.

Dentro de aquella especie de nave espacial (Manolo estaba seguro de que era una nave espacial) las cosas eran muy parecidas a como eran en su propia nave. El sitio por donde había entrado tenía cristales y tenía que ser la cabina de mando, y efectivamente allí había un sillón en el que sentarse y al que sujetarse con cinturones de seguridad en los despegues y aterrizajes.

También había muchos botones, y como Manolo era un experto estuvo averiguando cómo funcionaba esa nave. Y se dio cuenta de que debía de tener un motor como el suyo. Pero lo que más le sorprendió es que había cosas escritas en su propio idioma. Aquella tenía que ser alguna nave enviada desde la Tierra.

¿Que había sido de los pilotos? El aire de su traje espacial se acababa, pero decidió entrar en los compartimientos traseros, donde suelen estar las habitaciones de los pilotos, sus camas, el cuaderno donde escriben las cosas que les pasan (que se llama cuaderno de bitácora), la comida... Abrió la puerta y entró con la linterna por delante. Intento dar a los interruptores de la luz, pero no funcionaban. Así que siguió con la linterna. Dentro de esa habitación había dos literas (para el piloto y el copiloto) con la ropa revuelta, una mesa con sillas para comer, con platos y vasos sucios. Nada de eso le servía. Quería saber que había pasado y ver si habían escrito algo. Buscó en los cajones de un escritorio, y allí lo encontró: el cuaderno de bitácora con el nombre de la nave: PALENCIA X.

Empezó a leer apresuradamente, pero se dio cuenta de que se le acabaría el aire, así que se guardó el cuaderno en el bolsillo y se volvió rápidamente a la cabina, salió por el cristal roto y se desplazó por el caso hasta el punto al que había llegado. Miró y no vio su nave, pero debía de estar ahí. Se puso a rezar para pedirle a Dios que le ayudara y saltó con todas sus fuerza en la dirección en la que creía que estaba su nave. A los pocos segundos de desplazarse por la espuma algo se enredó en su pierna. Asustado, alargó su mano para soltarse, pero se dio cuenta de que era la cuerda con la que se había atado al ir. Con gran alegría, se cogió a ella y tiró de ella hasta volver a su nave.

Cuando descansó de su aventura, Manolo cogió el cuaderno de bitácora de la nave PALENCIA X y se puso a leer.

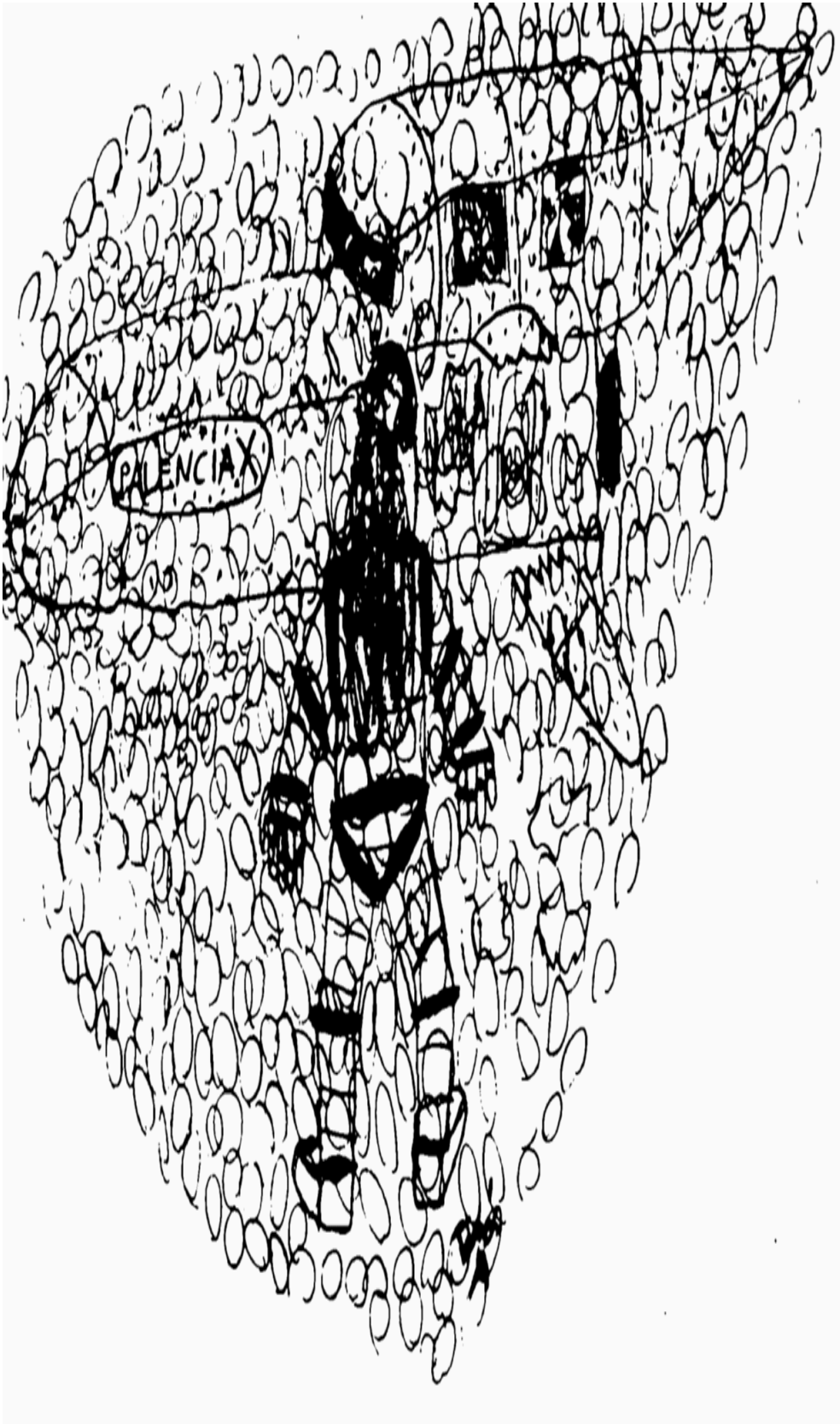


Figura 4: Manolo vio la nave Palencia X.

En el cuerderno de bitácora, lo primero que ponía era el nombre de la nave “PALENCIA X” y dónde la habían fabricado (en España) y quiénes eran los astronautas que iban en ella: Julián y Ramón. Y luego ponía cual era su misión: ¡tenían que ir al cinturón de asteroides y posarse en ese asteroide justamente, para explorarlo! Manolo ya se estaba imaginando lo que les había pasado: habían intentado aterrizar y se habían hundido en la espuma, porque nadie sabía que ese asteroide era de espuma. Lo que no sabía era que les había pasado a los astronautas, porque no estaban en la nave. Así que siguió leyendo.

Julián y Ramón habían tardado casi un mes en llegar allí. Se habían aburrido un poco por el camino, pero hablaban de vez en cuando por la radio con sus familias y veían alguna película. También llevaban libros y tebeos de Mortadelo y Filemón, que les gustaban mucho. Cuando se acercaron al cinturón de asteroides, se pusieron en alerta. Como era muy peligroso, tenían que estar vigilando todo el día para no chocarse con un asteroide (igual que le había pasado a él). No tenían mucho tiempo para leer ni nada. Al poco llegaron al asteroide “Buñuelo”, que era su nombre, prepararon el aterrizaje, se hundieron y no pudieron mandar más mensajes a la Tierra.

En el cuaderno de bitácora Julián y Ramón habían escrito cartas a sus familias por si acaso no los podían rescatar y no podían volver nunca a la Tierra...

Manolo miró las fechas y vio que ya hacía un año que habían las habían escrito. Pero, ¿dónde estaban Julián y Ramón? Siguió leyendo, porque el cuaderno continuaba.

Julián y Ramón habían hecho un montón de esfuerzos para poder escapar. También habían salido de exploración con el traje espacial, como él, y no habían encontrado nada, aunque habían visto unas extrañas luces de colores, ¡como Manolo! Para poder llegar más lejos, a Julián y Ramón se les había ocurrido atar su dos cuerdas y que sólo fuera de exploración uno de ellos para poder llegar más lejos de su nave. Fue Ramón solo.

Julián se quedó esperando a que Ramón volviera, vigilando la cuerda que le ataba a la nave. Él sólo veía el principio de la cuerda, debido a la espuma, y esperaba a que Ramón volviera. Julián esperó y esperó. Cuando ya faltaba poco para que a Ramón se le acabara el aire de su traje espacial, Julián tiró de la cuerda, pensando que Ramón no se acordaba de que tenía poco aire. Recogió toda la cuerda y cuando llegó al final, ¡Ramón no estaba allí atado! La cuerda no estaba cortada, así que Ramón se había soltado el solo. ¿Qué podía hacer?

Julián no sabía que hacer. Encendió todas las luces del cohete para que Ramón las viera y supiera volver, y esperó dos días completos, escribiendo en el cuaderno de bitácora lo preocupado que estaba por Ramón y lo triste que estaba solo. Entonces Julián decidió salir él también de exploración. Quizá Ramón había llegado a algún sitio. Anotó en el cuaderno de bitácora su plan y...

El cuaderno de bitácora se acababa ahí justamente. Estaba claro que Julián había salido después de hacer esa anotación, pero no había vuelto. ¿Que les habría pasado a los dos? Manolo estaba asombrado, preocupado, asustado... ¿Por que estaría roto el cristal de la nave? Y ese agujero? Debían de ser meteoritos que había caído más tarde. Pero eso le preocupó, porque si caían meteoritos de vez en cuando, uno podía darle a su nave.

Decidió volver a la nave PALENCIA X al día siguiente y buscar la cuerda con la que se habían atado, e intentar seguirla. O, quizá, utilizar la cuerda para atar las dos naves y poder ir de una a otra más fácilmente sin correr el riesgo de perderse en la espuma. Y se le ocurrió que la nave PALENCIA X podría tener combustible sin gastar para echárselo a la suya y quizá poder escapar. Era una buena idea.

Esa noche se durmió pensando en Julián y Ramón. Aunque vio algunas luces a través de la ventana, no salió porque estaba muy cansado.

Cuando al día siguiente Manolo se despertó, desayunó y se dispuso a ejecutar su plan. Se puso el traje, salió al exterior y se alejó de su nave todo lo que pudo antes de soltarse de la cuerda. Luego se soltó y al poco llegó a la Palencia X. A toda prisa, para que le diera tiempo a hacer más cosas antes de tener que ir a por más aire a su cohete, buscó la entrada como el otro día y luego buscó la puerta por donde Julián y Ramón tenían que haber salido, dejando la cuerda atada. La encontró en seguida y se preparó para desatarla y llevársela a su cohete para unir las dos naves y pasar el combustible a la suya. Pero entonces se dio cuenta de una cosa en la que no había pensado: si Julián y Ramón estaba aun por allí y él se llevaba la cuerda y el combustible, Julián y Ramón nunca más podrían volver a la Tierra.

Manolo era una buena persona que se preocupaba de los demás y decidió que antes de ejecutar su plan, tenía que intentar al menos una vez buscar a Ramón y Julián para salvarles, aunque él mismo corriera el peligro de no poder volver. Pero tenía que tomar precauciones y prepararse mejor que ellos para que no le pasara lo mismo, fuera lo que fuese. Pienso que casi lo único que podía hacer era coger su cuerda para atarla a las de Julián y Ramón, coger unas bombonas de aire de repuesto por si se le acababa la suya y coger más pilas para su linterna y algo de comer.

Rápidamente volvió a su nave, desató la cuerda, cogió la bombona, las pilas... Al rato estaba de vuelta en la nave Palencia X. Unió su cuerda a las de Julián y Ramón, rezó para pedir a Dios que le ayudase a encontrar a Julián y Ramón y volver con vida, y se lanzó hacia lo desconocido...

Las tres cuerdas atadas llevaban muy lejos. Durante mucho tiempo sólo vio esa espuma, pero poco a poco observó que las burbujas de la espuma iban haciéndose más grandes, como pompas de jabón. Cuando llegaba al final de la cuerda de Julián y Ramón vio algo increíble.

Allí, en medio de una burbuja gigante, dos astronautas dentro de su traje espacial, flotaban inmóviles en medio de luces que se movían a su alrededor envueltos en una especie de nube de espuma aún más fina. Se diría que las luces cuidaban de los astronautas, los protegían...

Manolo se quedó petrificado de asombro contemplando aquella escena. Cuando reaccionó y decidió acercarse a pesar de su miedo, las luces desaparecieron como si se hubiesen dado cuenta de que estaba allí y se hubiesen asustado. Cuando Manolo llegó a donde estaban los astronautas, limpió la espuma de sus escafandras para verles las caras. Debían de estar muertos desde hacía mucho, por la falta de oxígeno, pero parecían más bien dormidos, con una expresión como de niños que sueñan algo alegre. Sus nombres estaban escritos en sus trajes, y al limpiar la espuma vio que eran Julián y Ramón. Los había encontrado, pero demasiado tarde.

Examinó los depósitos de oxígeno de sus trajes y vio que no estaban vacíos del todo, pero alguien había cerrado las válvulas y el oxígeno no llegaba a las escafandras. ¿Quién lo habría hecho? Quien fuera, había asfixiado a Julián y Ramón. Aunque, bien pensado, habrían muerto igualmente minutos más tarde cuando el oxígeno se hubiera acabado.

No había nada que perder, así que abrió las válvulas poco a poco, mirando las caras dormidas de Julián y Ramón. No podía ser. Era imposible. Estaban muertos y, sin embargo... ¡estaban moviendo los ojos bajo los párpados cerrados! Abrió completamente las válvulas y comenzó a sacudir las escafandras, llamándolos a gritos aunque no podían oírle. Abrieron los ojos y Manolo, que no podía creer lo que estaba viendo, sonrió, rio, gritó, lloró de alegría, los abrazó y entonces oyó el pitido que le alertaba de que le quedaban cinco minutos de oxígeno en su traje. A Julián a Ramón debía de quedarles aún menos, así que era urgente volver a su nave. En una fracción de segundo Manolo volvió a pensar fría y rápidamente. Se dio cuenta de que los trajes tenían los intercomunicadores apagados y encendiéndolos pidió a Julián y a Ramón que se cogieran a él y le siguieran porque tenían muy poco tiempo para volver a su nave.

Era un extraño espectáculo que nadie pudo ver: tres astronautas cogidos de la mano, moviéndose en un mar de espuma hasta encontrar una cuerda y luego un cohete. Entraron con el tiempo justo, Manolo se quitó la escafandra y ayudó a Julián y a Ramón a hacer lo mismo. El aire fresco de la nave llenó sus pulmones y Manolo, tumbado por el agotamiento, se sintió feliz.

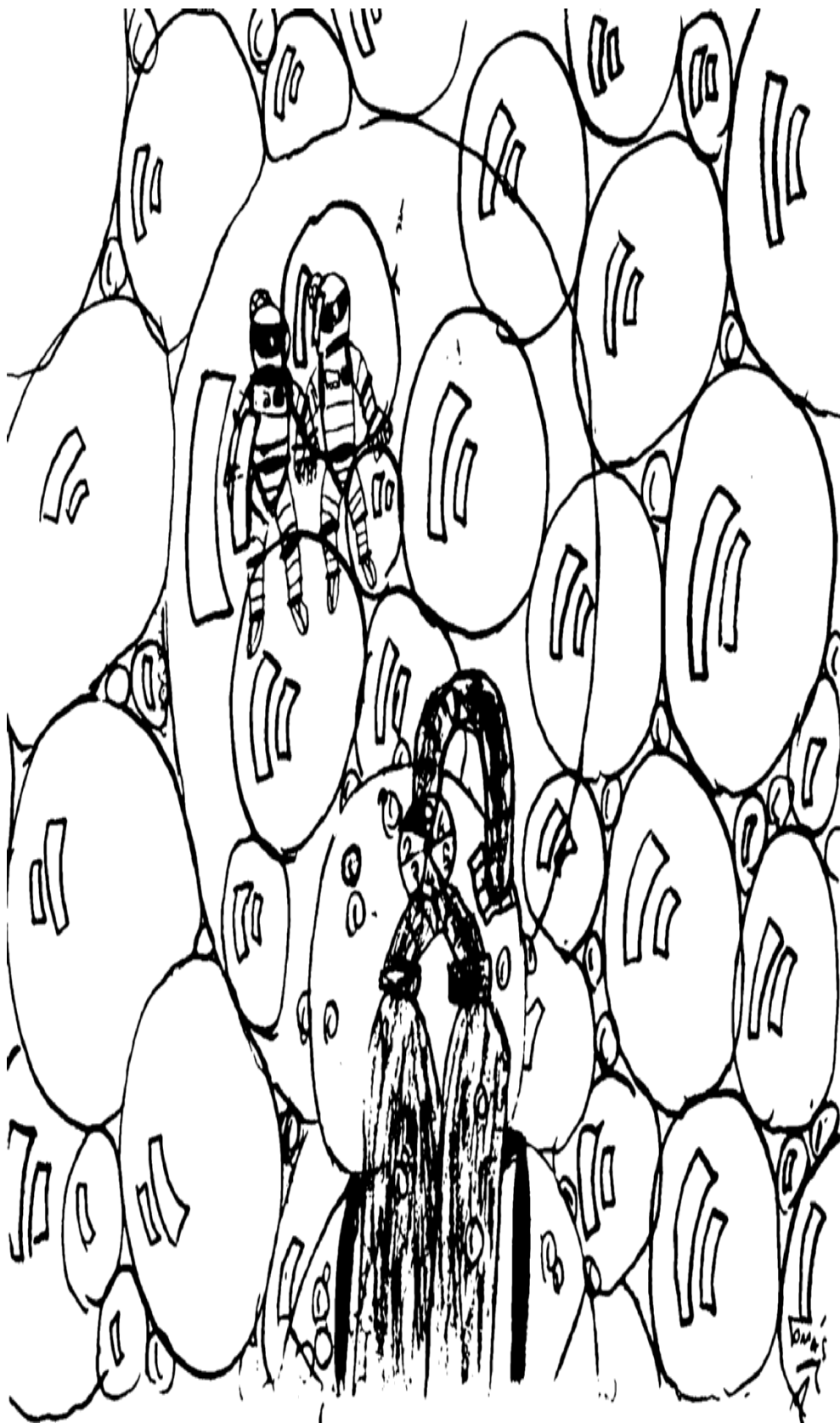


Figura 5: Manolo vio algo increíble: dos astronautas dentro de su traje espacial flotando dentro de una burbuja.

Julián y Ramón se recuperaban poco a poco. Al poco tiempo de llegar a la nave de Manolo empezaron a balbucear, diciendo sus nombres, diciendo gracias, preguntando a Manolo quién era y qué hacía allí.

Manolo contestaba a todo sin parar de hacer preparativos. La nave tenía el oxígeno justo para llegar a la Tierra con tres astronautas si salían inmediatamente, y si pasaban el combustible de la Palencia X rápidamente, tenía el combustible justo para salir del asteroide con la carga adicional y poner rumbo a la Tierra donde harían un aterrizaje de emergencia o pedirían ayuda a otra nave, pero no se podía perder un segundo.

Manolo aseguró a Julián y a Ramón para el despegue con los cinturones que le habían servido para sujetar la carga que había llevado hasta allí. Tuvo que tirar varias cajas de comida. Iban a pasar hambre, pero sobrevivirían. Salió de nuevo para unir su nave a la Palencia X y traspasar todo su combustible a través de una manguera.

Trabajó frenéticamente porque cada segundo contaba y apenas se dio cuenta de las luces que estaban cerca de él. En una hora estuvo todo listo, y Manolo dio las instrucciones al ordenador de a bordo para salir del asteroide y poner rumbo a la Tierra inmediatamente.

Todos se pusieron los cinturones de seguridad para el despegue inmediato y cerraron los ojos y apretaron los dientes cuando la cuenta atrás se acercó al cero... El brutal impulso de los motores traseros les aplastó contra los respaldos de sus asientos y sólo Manolo, que como piloto estaba pendiente de los sistemas, pudo ver las luces que les acompañaron a través del corazón del asteroide Buñuelo hasta salir de la espuma, al espacio, bajo las estrellas.

La nave maniobró rápidamente y los tres astronautas pronto vieron el Sol. En esa dirección estaba la Tierra y pronto volverían a verla. Manolo comenzó a enviar mensajes de radio dando cuenta de su situación y pidiendo ayuda para su llegada. Ya no había mucho más que hacer salvo esperar ese momento.

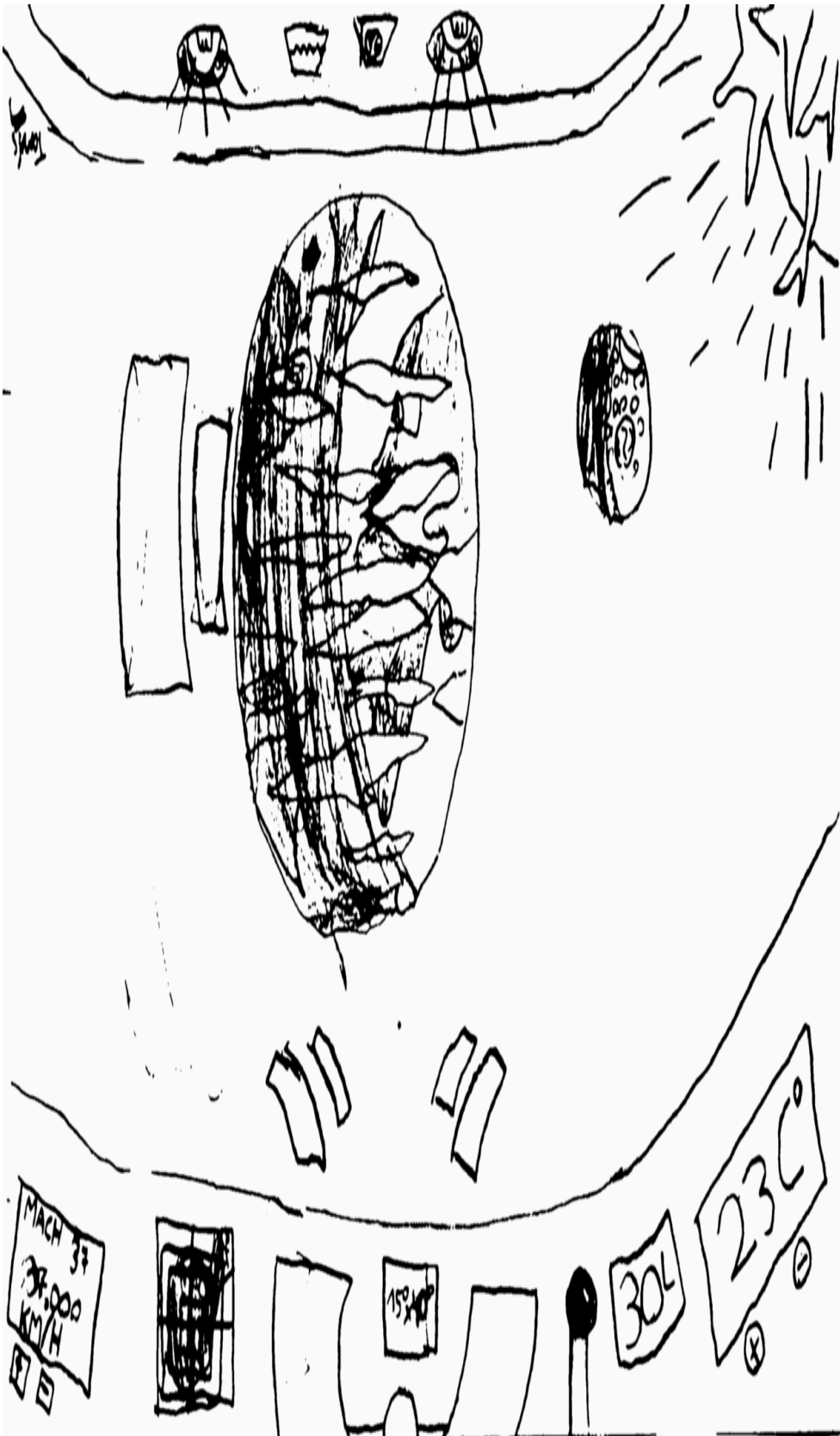


Figura 6: La vista desde la nave de Manolo.

En los meses que siguieron Manolo, Julián y Ramón durmieron todo lo posible, para gastar menos oxígeno y comida. Recibieron mensajes de alegría de sus familias y de Mar, que expresaban su sorpresa y su alegría por tenerles de vuelta. Y tuvieron mucho tiempo para hablar. Julián y Ramón contaron su historia a Manolo: su sorpresa al intentar posarse en Buñuelo y ver que se hundían. Su desesperación al verse incapaces de ponerse en contacto con la Tierra e incapaces de salir de allí con el combustible que les quedaba. Ramón recordaba que en su exploración se vio rodeado de luces y cuando se dio cuenta de que debía de volver porque ya no le quedaba casi oxígeno, se asustó porque ya casi no tenía suficiente para volver. Entonces... No recordaba más. A Julian le había pasado algo parecido. Ambos habían perdido el conocimiento y alguien había apagado sus intercomunicadores y había cerrado sus tanques de oxígeno preservando lo poco que les quedaba. Y por alguna misteriosa razón habían seguido vivos a pesar de todo.

Cuando ya faltaban pocos minutos para aterrizar y Manolo, Julián y Ramón ya casi no pensaban más que en su regreso a casa, recordaron las luces y se prometieron que algún día volverían al asteroide Buñuelo y se pondrían en contacto con ellas. Pero esa es ya otra historia.

Fin